

## Pregón de San Torcuato.

Manuel AMEZCUA

La cortesía del agradecimiento ritual propio de estos casos, no es ahora por mi parte, ni un simple deber de educación, ni un modo común de comenzar esta disertación, sino más bien la transparencia de un sentimiento: me siento sencilla y sinceramente agradecido con este Guadix mío que, cada vez que me pide un favor me lo hace al mismo tiempo.

Así, cuando me pide hablar como pregonero de Semana Santa o como predicador de la Virgen de las Angustias, por ejemplo, ¿Quién le hace el favor a quién?. Indudablemente es Guadix quien me honra, como en esta ocasión, permitiéndome el servicio de pregonar la fiesta del Patrón.

Gracias, por tanto, a la Hermandad de San Torcuato por acordar mi nombramiento como pregonero de este año 1993, tan especial para esta tierra, que contempla a sus pastores Pedro Poveda y Manuel Medina Olmos, subir a la gloria de los mejores hijos de la Iglesia.

Nos reúne aquí, cada año, una costumbre, una fe y un testimonio:

La costumbre secular de celebrar la fiesta de San Torcuato, la fe en Jesucristo resucitado, alegría y salvación del género humano, y un testimonio, o mejor el testimonio, el más veraz, más humano y más cristiano de los testimonios: el martirio, o sea, del griego, testificar, dar testimonio.

“Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos, vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando, y esto os mando: que os améis unos a otros como yo os he amado, en esto conocerán que sois mis discípulos, en que tenéis amor unos a otros” (Jesús).

Sólo desde la clave del amor se entiende a Cristo y el cristianismo. Sólo desde el mayor amor se entiende el supremo sacrificio signo de la mejor entrega: el martirio. No ha existido, ni existe, ni existirá un amor más acabado y perfecto, más íntegro y total: dar la vida por los amigos.

El árbol milenario de la Diócesis de Guadix alimenta sus raíces en la sangre de los primeros que plantaron sus semillas: los primeros testigos lo son en plenitud de amor, son mártires, testigos que aportan las pruebas del mayor amor, su sangre vertida y su vida entregada.

Ni le es posible a una comunidad cristiana un nacimiento más esclarecido, ni una cuna más alta, ni un origen de mejor altura: somos hijos en la fe de un tan noble Señor San Torcuato que posee la única nobleza que a Dios conmueve: el mayor amor del que da su vida.

No son nada ante Dios las coronas, los títulos o las grandezas humanas tan caducas, lo son todo ante el tribunal divino, las pruebas testimoniales de los testigos,

o sea, de los mártires. Las heridas del combate del amor y la sangre por nosotros derramada. La debilidad convertida en fortaleza para la conversión de los cristianos y de los paganos, de los amigos y los enemigos, de los seguidores de Cristo y de los ejecutores. En el sagrado misterio del martirio, se opera la salvación de la humanidad total, tanto del ejecutado como de sus verdugos. El mártir inocente, el injustamente ajusticiado, nos justifica a todos ante Dios. El mártir es así un testigo de la reconciliación humana en medio de la peor injusticia, como el Calvario es monte de salvación, a pesar de ser el lugar donde sacrificaron al Cordero inocente que quita el pecado del mundo.

Bien supo Torcuato como la Palabra de Jesús se cumple al pie de la letra: de su predicación, tal y como narra la parábola del sembrador, parte calló al borde del camino y no faltaron pájaros de cuenta para comer semilla ajena, como ocurre hoy. Parte vino a dar entre los espinos del dinero y su poder la ahogó. Parte se depositó entre peñas y le fue imposible enraizarse en la conciencia... pero el resto se esparció en tierra buena y dió el ciento por uno. FRUTOS: Frutos durante milenios ya.

Y en el año 302, Félix, Obispo de Guadix, preside el gran Concilio de Elvira, y la Diócesis estará representada por sus sucesores en Concilios toledanos y poseerá Basílica de la Santa Cruz con abundantes reliquias de mártires, según preciosa lápida romana conservada en arqueológica veneración.

Y San Fandila, monje del Señor, volverá en el siglo IX, a regar la fe con su sangre, fecundando el campo fertilizado por San Torcuato ocho siglos antes.

Ni tan siquiera la sequía del Islám, borrarán del todo las huellas de la fe... Durante toda la época musulmana, Face Retama, luces sobre los retamas continúa siendo un lugar venerado, con la difusa memoria de un sitio santo y santificado por la presencia de un hombre santo; según nos refieren los procesos de la Inquisición ya en el Siglo XVI, en juicio contra un morisco de Guadix, claro testimonio de la pervivencia del lugar como santuario bajo la dominación islámica.

(Os ruego me permitáis aquí un paréntesis de personal experiencia: en mi condición de Delegado del Obispo de Badajoz para el seguimiento de las excavaciones llevadas a cabo en el interior de la Basílica de Santa Eulalia de Mérida, he tenido la oportunidad de asistir, paso a paso, el lento proceso arqueológico del hallazgo y recuperación de las primeras edificaciones eulalienses del siglo IV. No podéis imaginar hasta que punto he recordado, paso a paso, conforme avanzaba el quehacer científico del campo de excavación, las inmensas posibilidades que un proceso similar ofrecería en varios puntos de Guadix, y especialmente Face Retama, cuyas características externas, situación del santuario y restos que afloran a primera vista, manifiestan y anuncian gozos científicos para la arqueología y venerable afianzamiento de la fe cristiana.

Cristo dijo "si estos discípulos callan, hablarán las piedras", pues bien, no pareciendo posible encontrar más fuentes documentales que las ya existentes sobre San Torcuato, si me parece probable y conmigo a otros mis maestros arqueólogos, que las piedras hablen en Face Retama, para converger en estudios históricos de profundo calado sobre el origen del Cristianismo en la región Bética).

Pasados los avatares Islámicos, tras la reconquista continúan los frutos, Fray García de Quijada inaugura la sucesión Apostólica de San Torcuato. Fue este buen franciscano el confesor de Santa Beatriz de Silva, fundadora en Toledo de las Concepcionistas Franciscanas.

Por destacar sólo algunos Prelados del siglo XVI, haremos mención de Fray Antonio de Guevara, el cronista imperial de Carlos V, o del Cardenal accitano Don Gaspar de Avalos, fundador de la nuestra Iglesia de Santiago y su monasterio y varón por tantos títulos ilustrísimo, junto a Martín Pérez de Ayala, cuya labor en Trento fue mucho más destacada, pudiendo hablarse de auténtico protagonismo en el Concilio. O el Obispo Vozmediano que dio en ver despoblarse su Diócesis por la expulsión de los moriscos.

Con estos hombres, que poseen estatuas y calles, jardines y fuentes, o salas de Museo en Santiago, Valencia, Segovia o Cuenca, hay que declarar que Guadix todavía no ha hecho justicia.

No hay peor muerte que la del olvido, y tal parece que Avalos o Ayala hubieran muerto de olvido en Guadix. Recuperar su memoria debiera ser una obligación de justicia.

Será a finales de siglo, en 1593, hace ahora 400 años justos, cuando el Obispo D. Juan Alonso Moscoso consiga de Felipe II traer de Celanova el Santo Brazo de San Torcuato, y con él la reliquia simbólica del origen cristiano de Guadix.

Y será durante los últimos 400 años que el Santo Brazo bendiga a Guadix cada año, en la procesión que media el mes de Mayo, como un intento de reverdecer en nuevas flores las semillas del bautismo de esta tierra, para una cosecha fecunda en frutos de alabanza divina y amor fraterno.

Y Bendijo el Brazo Santo los esfuerzos del Obispo Tosantos hacia 1628 por sembrar amores Inmaculistas y los del Obispo Uraba 1840 que murió solo en La Peza por no jurar constituciones tenidas por blasfemas.

Y hubo de bendecir el Brazo la fundación del Convento de San Diego y el fértil proyecto devocional de los Frailes Alcantarinos para hacer girar la devoción de Guadix en torno a la Virgen de las Angustias.

En 400 años el Santo Brazo, oculto todo el año y erigido en dorada bendición cada quince de Mayo, ha visto la fundación del Seminario y sus múltiples traslados, la culminación, tras varios siglos del templo Catedralicio, la llegada, quehacer y expulsión de la Compañía de Jesús. La desaparición de conventos masculinos y la paulatina llegada a la ciudad de órdenes femeninas para que el solar de los Franciscanos fuese Asilo y el de los Jesuitas Hospital y el de alguna casa noble Orfanato, y el de los Agustinos... el nuevo seminario, y el de los Dominicos la Parroquia de San Miguel, y el de las nuevas Religiosas de la Presentación en el Convento de los Alcantarinos.

Y ha contemplado el Brazo aureo y enjoyado del Patrón, como los Obispos del siglo XIX, habían de prohibir las procesiones de Semana Santa por su desorden, y ha asistido al horror de la Francesada y sus saqueos o al renacer azucarero y ferroviario de un valle que vió como se intentaba una recuperación económica nunca plenamente lograda.

Y Bendijo el Santo Brazo la llegada del siglo XX y la procesión del 1.º de Enero de 1900, con San Torcuato, la Virgen de las Angustias y el Santo Cristo de la Luz. Y con el nuevo siglo las profundas transformaciones de los tiempos nuevos.

No podía bendecir la enorme diferencia injusta de los que tenían tanto mientras otros pasaban hambre, ni podía bendecir que la cultura fuese sólo cosa de privilegiados y el trabajo una dádiva del rico reservada al pobre sumiso, con salario de miseria y casas de miseria y vidas de miseria, diezmadas por tifus endémicos y tuberculosis generalizadas.

Por eso, bendijo el Brazo la Obra de Pedro de Poveda, jovencísimo sacerdote que en las cuevas de Guadix proclama con su palabra y su obra que el pan, el trabajo y la escuela son patrimonio de la dignidad común a todo ser humano e inalienable derecho de la sublime condición de hombres, hijos de Dios y hermanos libres e iguales.

A su salida se le expulsó de Guadix y fue la primera vez que el Palacio Episcopal vió rotas sus ventanas por las piedras de los huérfanos sociales, a los que se ahorra el maestro, el Padre y el Sacerdote. La Sangre de Poveda, "derramada como la de Cristo en la confesión del nombre santo de Dios", elevaría su obra a la cima de la grandeza cristiana: el Martirio.

Mientras los años cambiaban lentamente el siglo, crecía en Guadix el hijo de Juan Medina y Pilar Olmos, nacido en Lanteira en 1869. Manuel Medina Olmos, la mejor bendición del Santo Brazo de San Torcuato sobre esta tierra siempre necesitada de regeneración, como toda tierra en todo tiempo.

Alumno del Seminario de Guadix, vertebrado en el ejemplo sacerdotal de Don Manuel Olmos, Párroco de Galera y Caniles, su tío... creció en ciencia y piedad, consejo y sabiduría. El humilde párroco rural se gastó sus pocos dineros en una inversión tan lúcida como original en su época: llevar al sobrino en vacaciones a una Academia de Vélez Rubio. Entre los inviernos de Guadix y los veranos de Vélez, Manuel se formó bien en lo divino y en lo humano. ¡Qué importantes son los cimientos infantiles y juveniles en la vertebración de una personalidad completa!

A los veintidós años de su edad, el Brazo de San Torcuato sorprendido, bendijo al nuevo Párroco del Sagrario: Manuel Medina Olmos, que pronto pasaría a la Abadía del Sacromonte de Granada. Es ahora cuando, alcanzado el doctorado en Teología, se doctora en Filosofía y se hace abogado. Es ahora, sobre todo, cuando conoce al Padre Manjón, y, en cuanto rector de la Universidad civil del Sacromonte Granadino y brazo derecho del fundador de las Escuelas del Ave María, derrama su actividad como profesor, misionero en los pueblos de la vega y catequista, no sólo de los niños, actividad que jamás abandonará, sino también de los catequistas y maestros.

En 1925, el ilustre ponente de varios Congresos catequistas y organizador del Congreso de Granada es consagrado Obispo Auxiliar y desde el año 1928 Obispo de Guadix. Cuando se le encarga, como Administrador Apostólico de la Diócesis de Almería, D. Manuel ignora todavía que el Señor destina a su amigo íntimo D.

Diego Ventaja para la vecina Iglesia: otro colaborador de Manjón, otro apóstol del Sacro Monte.

D. Manuel visita la Diócesis, cuida el Seminario, se desvive por la catequesis, visita enfermos y pobres, se solidariza con deseos justos, regala su anillo pastoral para la Casa del Pueblo ¡No me equivoco!. Pasea por la ciudad y por el campo, sin perder jamás la cercanía de un pueblo del que no tiene que esforzarse en absoluto para ser uno más, porque es uno más: aquí nacido y criado, aquí crecido y educado, aquí estimado y respetado.

Como otrora San Torcuato, Don Manuel apacienta la grey del Señor enseñando, santificando y sirviendo. No podía hacer otra cosa ni supo hacer nada que no fuese enseñar, santificar y servir.

Para ello había compuesto no pocas obras de Teatro infantil y juvenil. La dramatización es de la vida popular de nuestra tierra, con tipos, personajes y situaciones tan nuestras, tan cercanas, tan sencillamente granadinas, que resulta tremendamente evocadora al tiempo que sólidamente evangélica: también en lo dramático, Manuel Medina Olmos se nos aparece como el maestro servicial y santificador, como el esclavo que enseña santidad, como el siervo pedagogo y santo.

Pero será de la mano, suave y catequética de sus juguetes dramáticos y vitalistas, que la propia vida se convierta en drama con final de tragedia.

Bruñida de negros nubarrones pardos, la tormenta se anuncia en granizos devastadores que destruyen inmisericordes la cosecha. La siembra de los siglos fecunda en frutos, se verá cada vez más amenazada, sobre el fragor del trueno y la fuerza devastadora del incendio. El rayo y la centella, peligrosos, no se le ocultan a Don Manuel.

En Julio de 1936 ha viajado a Granada para abrir el proceso de Beatificación de Manjón, junto a Diego Ventaja, obispo de Almería.

“Su ilustrísima no debe volver a Guadix. Ahora que está en Granada debe quedarse en la capital, debe esperar que amaine la tormenta”.

— “Yo debo estar con mi rebaño, con mis sacerdotes, en mi sede”.

— El viaje a Granada en Julio de 1936 será aún más breve de lo proyectado. El Obispo vuelve rápidamente a Guadix, el día 16.

— “Su ilustrísima no ha debido volver. ¿Acaso ignora como andan por aquí las cosas?”.

— “Porque no lo ignoro, he vuelto”.

— “Su Excelencia Reverendísima no tiene derecho a poner en peligro su vida”.

— “No tengo más derecho ni más deber que ser Obispo de Guadix”.

— Su familia (día 26 de Julio).

— “Manolico vente a Lanteira: Allí hay paisanos, amigos, familia, pan, casa y más seguridad”.

— “Si tengo que huir de Guadix no merezco ser su Obispo”.

— “Pero si es sólo por unos días hasta que esto pase”.

— ¿Puedo dejar de ser Obispo por una temporada?

— No ¡Qué cosas tienes!

— “Pues entonces me quedo”. “Tengo ofrecida mi vida por mi rebaño y creo

que Dios lo ha aceptado". "Señor convierte a mi pueblo o borramé a mi del Libro de la vida".

27 de Julio. A los diez días de su retorno se saquéo el Obispado, se cacheó al Prelado y se le arrancó el pectoral.

— El Obispo recitó salmos de alegría al subir al vagón de ganado en el que se le encerró camino de Almería.

De nuevo, como en cumplimiento de un providencial designio de amistad, dos Cristianos, dos Obispos, hijos de un campesino y un herrero (Diego Ventaja había mendigado por dos meses en la puerta de la Catedral de Granada), dos amigos reunidos en la casa del Vicario de Almería: Manuel Medina y Diego Ventaja jamás se separarían ya, ni en la tierra, ni en el cielo; ni en la memoria de los hombres ni en la gloria de Dios.

De nuevo la tentación de un empresario de Inglaterra: "Tengo preparado un barco con varios súbditos ingleses a bordo: pasado mañana en Gibraltar y dentro de cinco días en Lisboa, después Inglaterra y Roma".

— "Es necesario darse prisa y actuar con discreción".

— Ninguno de los Prelados acepta. Era el 11 de Agosto. El día 12 fueron arrestados y conducidos al convento de las Adoratrices saqueado y convertido en cárcel. Tras quince días de sufrimientos esperan las bodegas del barco Astoy Mendi y su calor, sofocantemente insoportable, el hambre y la desnudez y la sonrisa.

Todos los testigos, de uno y otro bando, encarcelados y carceleros, coinciden absolutamente en el proceso de Beatificación: los dos señores Obispos sonreían, no contestaban a los insultos, sonreían; no despreciaban a los que blasfemaban, sonreían; no miraban con odio a los que, desnudos, les obligaban a limpiar cubiertas o calderas, sonreían; jamás despreciaron tras la patada, el golpe o la injuria, solamente sonreían.

En la página 152 de la "Positio Super Martirio" se lee la declaración de Antonio Castillo Manrribia, cobrador de la línea de Autobuses de la Alsina: "Añadió el testigo presencial que el Sr. Obispo dirigió palabras de perdón a los asesinos, palabras que fueron escuchadas y antes de morir les otorgó su perdón y bendición.

De nuevo, como San Torcuato, un Obispo mártir: que enseña, santifica, sirve y muere, enseñando, santificando y sirviendo.

De nuevo, como San Torcuato, la tormenta y el rayo que mata, pero también la muerte redentora, la redención jamás asesinada.

De nuevo, como San Torcuato, la tormenta y el rayo que mata, pero también la muerte redentora, la redención jamás asesinada.

De nuevo, como San Torcuato, la eterna novedad del preso torturado del inocente condenado, del pastor que da la vida por el rebaño y "que no huye, como el asalariado, cuando ve venir al lobo" (Jn. 10).

De nuevo, como San Torcuato, siempre de nuevo, la bendición antes de morir y la muerte convertida en gloria de bendición para esta tierra.

De nuevo, como San Torcuato, la cosecha fecunda, la sangre fértil del marti-

rio, convertido en signo de perdón. Él murió perdonando y bendiciendo.

Antonio del Castillo Manrribia, declara: "Como mi oficio era conductor del correo de Almería a Málaga, de la Compañía Alsina, creo que el día 28 de Agosto de 1936, haciendo el servicio aquel día hacia Málaga, al llegar al Campo de Dalías, antes de llegar al paraje llamado "El Viso", hacia el kilómetro 87, detuvieron el coche unos milicianos y me pidieron gasolina para quemar unos cadáveres. Les contesté que me era imposible porque no llevaba más que la suficiente para llegar a Motril. En realidad no quise dársela, pues llevaba la suficiente y de sobra para ir y volver de mi viaje. Con este motivo me apeé del coche y, como a una distancia de unos 50 metros de la carretera, ví un montón de cadáveres apilados, a los que iban a prender fuego, tal vez por segunda vez, pues estaban ennegrecidos. A poca distancia se veían dos cadáveres cruzados, uno encima de otro, y acercándome reconocí a Don Diego Ventaja en el que estaba debajo y encima Don Manuel Medina, más bajo y grueso y de barba muy cerrada. Ambos cadáveres no llevaban otra indumentaria que un pequeño pantalón de color azul. El cadáver de Don Manuel Medina presentaba, debajo de la tetilla izquierda, una herida como de tres dedos, por la que aún manaba sangre, y por el costado y diversas partes del tronco, otras heridas, producidas, al parecer, por gruesas cañas de las que aún se veían alrededor algunas manchadas de sangre. Yo continué el viaje, pero me consta que los carbonizaron por completo".

El mismo documento que citamos, como oficial por parte de la Santa Sede, página 146 se lee la Declaración de Don Antonio Molina García, canónigo de Almería, y amigo de nuestro Pastor: "Don Manuel presentía su muerte y martirio, manifestando su voluntad de ser enterrado en la Capilla de San Torcuato de la Catedral de Guadix, de cuya Diócesis fue el Santo su primer Obispo, al que tenía gran devoción".

Dos Obispos en los Altares, dos mártires pastores del rebaño, dos signos de reconciliación perdón y paz, dos siglos, el primero y el actual, regados en la sangre inocente y en la gloria eterna.

En San Torcuato y en el Beato Manuel Medina recobra el hombre la santidad primera que de Dios hubo recibido. En ellos, la Diócesis de Guadix adquiere la plenitud de su vitalidad cristiana y enriquece su patrimonio espiritual en clave de Evangelio puro.

La más gozosa expresión del compromiso y el testimonio Cristiano. Quien diga que los mártires son signos de división o discordia, desconoce la eficacia del supremo testimonio:

¿Cómo puede dividir quien muere perdonando?

¿Cómo puede no reconciliar quien disculpa la violencia injusta?

¿Cómo puede dividir quien acepta las culpas de otros siendo inocente de las propias?

¿Cómo no amar con humilde veneración, el amor que ve amigos en los verdugos y hermanos en los asesinos?

La solidaridad se edifica desde la comunión con Cristo. Nadie comulga con

Cristo en mayor medida que el Mártir: Llámese Torcuato, llámese Manuel, sea del primero o del actual siglo de la fe.

Junto a las liturgias mozárabes de San Torcuato que estudiara Fabregas y Vives, con las Actas Martiriales y Pasionarias Hispánicas, o el Santoral y Martirologio de Usuardo, estudiados por Martínez de Pedrajas, o los estudios de Julio Porres Martín, sobre la Parroquia de San Torcuato en Toledo, o el Martirologio de León, la "Vida" del Cerrotense... junto a estas riquezas de la liturgia mozárabe, ahora tan dignamente refulgiente, bien pudiera componerse una Misa de los Obispos Mártires de Guadix, cuyo prefacio podrá rezar así: En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación Darte gracias siempre y en todo lugar Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque la sangre de tus Obispos Torcuato y Manuel, derramada como la de Cristo para confesar tu nombre, manifiesta las maravillas de tu poder, pues en martirio, Señor, has sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad tu propio testimonio.

Los dos, en diversos tiempos, edifican la Iglesia de Guadix, y a los dos reconocemos como figuras del Buen Pastor que da la vida por las ovejas: Los dos son columnas de la fe y signo de la reconciliación que anuncia la unidad final del género humano.

Por eso con los Ángeles y Arcángeles cantamos juntos con humilde fe:  
Santo, Santo, Santo...

Lex Orandi

Lex credendi

La Ley de oración es la Ley de la fe.

Como dijera Torcuato Revover, en 1988 desde esta misma cátedra de pregoneiro del Patrón.

"Quiera Dios que sepamos responder al grito de conversión que mudo, pero firme, en la esfera de nuestros corazones si no nos empeñamos en mantenerlos duros e inflexibles, de piedra, Torcuato nos lanza: Que, como nuestros antecesores en estas tierras, sepamos descubrir lo auténtico, lo eterno, lo que nos salva, el mensaje que Torcuato nos legó, y como ellos, facilitamos hoy, el vivir de Cristo en nuestras vidas".

Cristo de Dios  
Vosotros de Cristo  
Y yo todo vuestro